

Marina Tsvietáieva: «Soy poeta, no poetisa»

«Marina Ivánova Tsvietáieva.

Nacida el 26 de septiembre de 1892 en Moscú.

Noble.

Mi padre era hijo de un sacerdote de la provincia de Vladimir, estudioso de las lenguas europeas, autor de la investigación «Las inscripciones de Ossa» y de muchas otras; doctor honoris causa por la Universidad de Bolonia; profesor de historia del arte, primero en la Universidad de Kiev, después en la de Moscú; director del museo Rumiántsev; fundador inspirador y coleccionista particular del primer museo de bellas artes de Rusia (Moscú, calle Znamienka). Héroe del trabajo. Murió en Moscú en 1913, al poco tiempo de la inauguración del museo. Dejó sus bienes personales (escasos porque era desprendido) a la escuela de Talitsi (la aldea donde nació en la provincia de Vladimir), la biblioteca, enorme y adquirida con mucho trabajo y dificultad, la dejó, sin exceptuar un solo tomo, al museo Rumiántsev.

Mi madre era una polaca de sangre azul, alumna de Rubinstein, dotada de un excepcional talento musical. Murió prematuramente. La poesía la heredé de ella. También dejó la biblioteca (la suya y la del abuelo) al museo. Así pues, de nosotros los Tsvietáiev Moscú tiene tres bibliotecas. Yo también hubiera dejado la mía, si durante los años de la revolución no hubiera tenido que venderla

Los primeros años de mi infancia transcurrieron en Moscú y en Tarusa (...) Las cosas que más amo en el mundo: la música, la naturaleza, la poesía, la soledad.

Total indiferencia por la opinión pública, por el teatro, por las artes plásticas, los espectáculos. Mi sentido de la propiedad se limita a los hijos y a los cuadernos de trabajo.

Si tuviera un escudo, grabaría en él: Ne daigne**

La vida es una estación, pronto partiré: adónde no os lo diré».

Así empieza y termina la presentación que de sí misma hace M. Tsvietáieva en su *Respuesta a un cuestionario*, que envió a Marina Boris Pasternak en abril de 1926, cuando ella estaba en el exilio, para la supuesta publicación de un diccionario bibliográfico de los escritores del siglo XX. No se publicó de modo completo hasta el año 1986.

* Profesora de Lengua rusa de la Escuela Oficial de Idiomas de Valencia

** «No me digno».

No hace mucho tiempo que el nombre de esta escritora ha encontrado un hueco, yo diría más, todo un estante, en la biblioteca de la primera mitad de nuestro siglo. En la entonces Unión Soviética, no fue hasta principios de los sesenta cuando empezó a salir a la luz su obra. Cuarenta años separaban pues la publicación de *Verstas* (la última edición en Rusia en vida de la poeta), de la antología que apareció en las librerías de Moscú en el año 61.

Antes de que esto ocurriera, la poeta ya gozaba de un enorme prestigio entre los lectores privilegiados, que conocían sus poemas y versos publicados en revistas extranjeras. Esto fue milagrosamente posible gracias a algunas gentes que los memorizaban e incluso hacían copias, que repartían entre sus amigos.

Ahora en Rusia se publican infinidad de artículos relacionados con las obras de M. Tsvietáieva, en los teatros se representan sus obras y en las veladas literarias se leen sus poemas. No en vano, los pensamientos de Marina en el exilio eran ciertos: «Mis auténticos lectores están en Rusia».

Poco podría ella imaginar entonces, que sus obras iban a ser leídas en muchos otros países.

En España, además del epistolario de Rilke y Pasternak¹, la poeta no fue conocida hasta 1990, con la traducción de algunos de sus ensayos que giran en torno a la poesía, el poeta, el arte, la conciencia, todos ellos recogidos bajo el título *El poeta y el tiempo*². Desde entonces se han ido traduciendo sus obras más significativas: *Carta a la amazona y otros escritos franceses*³, *El diablo*⁴, *Tres poemas mayores*⁵ y la última y esperada traducción de sus diarios *Indicios terrestres*⁶.

BÚSQUEDA AMOROSA= CREATIVIDAD POETICA.

Nada mejor que las pinceladas de Elisabeth Burgos, para darnos una visión clara de la psicología de Marina. Así de magistralmente nos la describe esta escritora, incansable estudiosa de sus obras: «Para Marina Tsvietáieva el lenguaje es un elemento carnal: respuesta, alimento y morada del hecho poético, que en ella desata la desmesura de la pasión amorosa. Su inaplacable sed dramática de unicidad le impidió hallar sosiego. Su vida fue un estado de tensión, proyectada hacia la búsqueda de esa unicidad. Ser la única para el amado, la amada en fusión en donde el segundo término desaparece y dos seres forman uno, indivisible; nadie se prestó a soportar tanto amor; surgía entonces en el dolor del rechazo, de la separación, el hiato que desencadenaba la creación.

1 Pasternak, B., Tsvietáieva, M., Rilke, R.M.: *Cartas del verano de 1926*, México, Siglo XXI, 1984.

2 Tsvietáieva, M.: *El poeta y el tiempo*, Barcelona, Anagrama, 1990.

3 Tsvietáieva, M.: *Carta a la Amazona y otros escritos franceses*, Madrid, Hiperión, 1991.

4 Tsvietáieva, M.: *El diablo*. Barcelona, Anagrama, 1990.

5 Tsvietáieva, M.: *Tres poemas mayores*. Madrid, Hiperión, 1991.

6 Tsvietáieva, M.: *Indicios terrestres*. Madrid, Versal, 1992.

Esa tensión que nace del don de sí misma es indispensable a su ritmo interior. En un movimiento arrollador de espasmos, de hálito entrecortado, en un fulgurante ritmo de sonidos, emerge la exacerbación de sus sentimientos, plasmada en la palpación de letras, sílabas y palabras. Suya es la ciencia de otorgar a cada acto vivido una dimensión poética»⁷

Otra opinión, la del gran escritor ruso Joseph Brodsky, nos da una idea de la grandiosidad de Marina como poeta. Éste afirma que no existe en la poesía del siglo XX, una voz más apasionada que la de ella. También dijo que él mismo en su juventud quiso estar a la altura de Pasternak, de Mandelstam, de Ajmátova y de Tsvietáieva, pero en lo que se refería a esta última, «renuncié, no estaba a la altura»⁸. Y sigue, «La Tsvietáieva poetisa era idéntica a la Tsvietáieva persona; entre palabra y acto, entre arte y existencia, no había ni una coma, ni siquiera un guión: Tsvietáieva utilizaba un signo de igualdad»⁹.

Así pues, leer la poesía de Marina es como vivir su vida, sus pasiones. Era una mujer que se apasionaba no sólo por hombres o por mujeres, a veces también por poemas o paisajes, necesitaba estar en estado de amor para transformar ese amor en poesía y cuando éste surgía no conocía el temor y se lanzaba toda ella, desnuda, sin paracaídas, hacia el abismo. Después traduciría todas sus vivencias en palabras hechiceras, mágicamente encadenadas. Ella misma decía: «Cuando abrazo a un amigo, envolviendo su cuello con mis manos, es algo natural; cuando lo relato, es falta de naturalidad (¡para mí misma!). Cuando lo transformo en poesía vuelve a ser algo natural. Las acciones y la poesía me justifican. Aquello que se encuentra entre ambas me culpabiliza»¹⁰.

ENTRE DOS REVOLUCIONES

Un paseo por la vida de la poeta, no menos fascinante que su obra por ser una sola cosa, nos invita a conocer tanto los momentos históricos como la situación literaria vivida en Rusia en aquella época. Aunque repetidamente Marina T. decía que no pertenecía a su tiempo, literalmente en su poema «Nostalgia de la patria» («Toská po ródine») afirmaba que, si bien su prójimo podía pertenecer al siglo XX, ella venía de una época de antes de que hubiera siglos. Es muy difícil pensar, cómo dice S. Karlinsky, «en otro poeta al que los hechos históricos le hayan afectado con tanta constancia. En 1892, el año en que nació M. Tsvietáieva, el país estaba desolado por el hambre, un hecho sin el cual no podríamos comprender el posterior desarrollo histórico vivido por Rusia y que

7 Tsvietáieva, M.: *Carta a la amazona...*, p. 7

8 Brodsky, J.: *La canción del péndulo*. Barcelona, Versal, 1998, p. 124.

9 Entrevista concedida por Joseph Brodsky al diario de París *Libération* (3 del XI de 1988).

10 Pasternak, B.; Tsvietáieva, M.; Rilke, R.M.: *Cartas del verano...*, p. 184.

desembocaría en las revoluciones de 1905 y 1917. El arte de la poeta nacería de la creatividad surgida entre ambas revoluciones»¹¹.

El Simbolismo haría su aparición en 1893 y más tarde sería desarrollado y perfeccionado por poetas como Blok, Ajmátova y Mayakovski. Así pues, la tesis de S. Karlinsky era cierta cuando dijo: «El mundo en el que Marina Tsviétaeva habría de crecer, vivir y crear, comenzó a formarse casi el mismo año de su nacimiento»¹².

La infancia de Marina T. nos ha sido revelada por tres fuentes principales: sus primeros poemas (*Album vespertino* y *Linterna mágica*), las memorias de su hermana Anastasia (*Vospominanie*), y sus ensayos autobiográficos que la poeta escribió en los años treinta y donde recuerda los primeros diez años de su vida (*Las flagelantes*, *El diablo*, *El cuento de mi madre*, *Mi madre y la música*...), en ellos refleja el empeño de su madre en inculcarle la música con largas y torturadoras sesiones pianísticas, la lejanía del padre que estaba entregado casi exclusivamente a la creación del museo, la predilección de su madre por su hermana pequeña Anastasia y también el viaje que emprendieron las tres por Europa, en busca de lugares climatológicamente adecuados para la enfermedad pulmonar que sufría la madre. Fue entonces cuando Marina se fue empapando de diversas culturas de los países que iban visitando, especialmente de la alemana.

Escritos como antes dijimos en la época adulta, en sus relatos vemos que en absoluto mitifica su infancia, no parecen escritos después de la niñez. Aunque los biógrafos dicen que muchas de sus rememoraciones están llenas de errores y de invenciones, ella misma ya había dicho: «hasta los cuatro años, según testimonio de mi madre, yo decía sólo la verdad; después evidentemente reaccioné».

Un comentario revelador una vez más de la aguda personalidad de la escritora.

SERGUEI EFRON O EL DESTINO

En 1912 Marina T. conoce a un joven judío en la playa de Koktebel (Crimea), eterno estudiante y militar de la guardia blanca. Era Serguei Efron. Se casaron inmediatamente y Marina le amó a su manera, pero con un vínculo tan fuerte que iba más allá del amor real y físico que fue la causa de sus exilios y el que guió los sucesos trágicos de su vida. «Nunca nos separaremos. Nuestro amor es un milagro», decía Marina. Ese mismo año nació su hija Ariadna, más tarde tendría otra, Trina, que moriría de hambre durante la revolución.

Marina gozaba de entera libertad, a lo que contribuyeron las frecuentes ausencias de Serguei, que continuaba sus estudios. Encadenados el uno al otro, pero casi siempre en la distancia y sin dejar nunca de amarle, Marina tuvo va-

11 Karlinsky, S.: *Marina Tsviétaeva*. Madrid, Grijalbo-Mondadori, 1991, p. 13.

12 *Ibidem*

rias relaciones extramaritales, tanto con hombres como con mujeres, y las llevó casi todas ellas abiertamente, sin esconderse de nada ni de nadie. Una de sus más dolorosas pasiones fue la vivida con la poeta Sofía Parnok, romance que duró dos años y que le inspiró su ciclo de poemas *La amiga* y a su muerte la *Carta a la amazona*; un ensayo sobre las relaciones homosexuales en el que podemos percibir su sensibilidad y avanzada psicología en un tema que le tocó bien de cerca. Veamos un fragmento del mismo:

«“Lo que el mundo diga” no tiene peso, no debe pesar nada, puesto que todo lo que dice está mal dicho, todo lo que ve -mal visto. El mal de ojo de la envidia, de la curiosidad, de la indiferencia. El mundo no tiene nada que decir; él, que yace en el mal.

¿Dios? De una vez por todas, Dios no tiene nada que ver con el amor carnal. Su nombre, opuesto o unido a cualquier nombre amado, masculino o femenino, suena a sacrilegio. Hay cosas inconmensurables: Cristo y el amor carnal. Dios no tiene nada que ver con esas miserias, sino para curarnos de ellas. Él dijo de una vez por todas: Ámenme a mí, el Eterno. Fuera de eso, todo es vano. Igualmente e irremediabilmente vano. Por el hecho mismo de amar con ese mismo amor a un humano, traiciono al que por mí y por el otro murió en la cruz del otro amor.

¿La Iglesia y el Estado? no tienen nada que decir mientras bendigan y lleven a miles de jóvenes a matarse los unos a los otros.

Pero qué dirá, qué dice de eso la naturaleza, la única vengadora y justiciera de nuestras desviaciones físicas. La naturaleza dice: no. Al prohibírnoslo se defiende a sí misma. Dios al prohibirnos algo, lo hace por amor a nosotros; la naturaleza lo hace por amor a sí misma, por odio a lo que no es ella. La naturaleza odia al claustro tanto como a la isla en donde aterriza la cabeza de Orfeo. Su venganza es nuestra decadencia. Sólo en el claustro tenemos a Dios para ayudarnos; allá en la isla, al mar para ahogarnos»¹³.

Otra relación importante fue la mantenida con la actriz de origen inglés Sonia Holliday, protagonista del *Relato de Sóniechka*, del cual casi me atreería a decir que es una de las prosas más bonitas de M. Tsvietáieva, todavía no traducido del ruso.

Acaece la revolución de octubre, Marina tiene entonces 24 años, su marido se alista en el ejército blanco, ella toma partido por éste contra el nuevo poder establecido y se ve obligada a viajar al extranjero, primero a Berlín, después tres años largos en Praga (allí nacería su hijo Mur) y luego París, donde sería una exiliada en el propio exilio. Sin medios económicos y con los hijos y el marido a su cargo escribiría y publicaría en todas las revistas del exilio, de todos los colores y tendencias. Aun en unas condiciones tan penosas fue ésta una de las épocas más fructíferas de su vida literaria; también entonces inició un ro-

13 Tsvietáieva, M.: *Carta a la Amazona...*, pp. 130-131.

mance epistolar, a modo de triángulo entre ella, Pasternak y Rilke, una amistad semiamorosa, mantenida por tres extraordinarios escritores, que podemos disfrutar leyendo las *Cartas del verano de 1926*.

Mientras todo esto ocurre Marina sigue atada sentimentalmente a su marido, ahora ex-guardia blanca y defensor de la causa soviética. En Francia es señalado como agente soviético y acusado de asesinar a un desertor; por este motivo huye a la U.R.S.S. llevándose a su hija Ariadna. Marina decide fatalmente y desoyendo los consejos de sus amigos regresa a Rusia y llega a Moscú con su hijo Mur. Mientras tanto su hija es detenida y enviada a un campo de concentración (donde pasaría 17 años), también su hermana Anastasia. Su marido es detenido y fusilado por sospechoso al haber vivido en el extranjero.

Marina, tras la invasión nazi, es trasladada, como tantos otros, al interior del país. Sin amigos, sin trabajo (el último documento que se conoce escrito de su mano es una solicitud de trabajo, dirigida al Consejo de Chistopol: «pido se me conceda el empleo de lavaplatos en la cantina de Chistopol»). Era la cantina destinada a los escritores de mayor rango. Último intento de la poeta de estar en contacto con su mundo. La petición fue denegada. Su casera la encontraría ahorcada el 31 de agosto de 1941. Su hijo Mur murió en el ejército. Ariadna vivió hasta el año 1975 y pasó los últimos años de su vida conservando y ordenando las memorias de su madre y dejando dispuesto que hasta el año 2.000, no se pudieran abrir los archivos de Marina. Su hermana Anastasia, casi centenaria, vive en la actualidad en Moscú, y estaba prevista su presencia el 31 de agosto del presente año, en la inauguración de la casa-museo de Marina Tsvie-táieva, lugar donde la poeta vivió durante algunos años.

UNA AMAZONA DEL ESPÍRITU

El ideal de mujer para Marina T. era Tatiana, el personaje femenino de la obra de Pushkin *Eugenio Oneguín*. Cuando era pequeña Marina vio la obra y se enamoró de una escena. Su madre pensó que se había enamorado del cantante que representaba a Oneguín. «Mi madre se equivocaba», escribió más tarde la poeta, «no me enamoré de Oneguín, sino de Oneguín y Tatiana (y tal vez, un poco más de Tatiana), de los dos juntos, del amor». Esa admiración por Tatiana podría deberse a su amor por el poeta Alexander Pushkin (1799-1837), de quien Marina siempre estuvo platónicamente enamorada. Ese amor lo refleja también en un poema donde describe a Natalia Goncharova, esposa del poeta y mujer de gran atractivo físico pero de pocas luces, quien ponía en evidencia y engañaba constantemente a su marido. Esto llevó a Marina a analizar cómo personas sensibles, inteligentes, creativas y complejas como el poeta, quedan atrapadas por otras que son atractivas simplemente por su físico. En el poema antes men-

cionado hace una descripción de lo que para ella es la antimujer y critica duramente la superficialidad y la banalidad.

En uno de sus escritos, nos cuenta Marina cómo fue invitada a una lectura de mujeres poetas; era el verano de 1920 y la compañera de Briusov (poeta miembro del partido bolchevique del cual ella era admiradora de pequeña), organizó una velada poética que tenía que presidir su marido. Tsvietáieva se negó a participar en un programa exclusivamente femenino, y dijo que ya anteriormente se había retirado de una lectura de esas características. Se refería al recital poético que tuvo lugar en Moscú el 22 de enero de 1916, donde se había anunciado su presencia al lado de otras mujeres poetas, entre ellas Sofía Parnok.

«Considero que en la poesía hay elementos distintivos más importantes que el pertenecer al sexo masculino o femenino...». De todos modos, Tsvietáieva acudió al recital y apareció en el escenario al lado de ocho damas vestidas con sus mejores galas, ella llevaba una especie de sotana, con un cinturón de cuero y unas botas de fieltro gris. Allí dio lectura a poemas realmente comprometedores, tanto con el régimen político como con la posición que la mujer debía ocupar en la sociedad. Hizo una afirmación de total independencia, lo cual le habría podido llevar a la cárcel con la simple denuncia de algún asistente. pero esto ocurría antes de Stalin, cuando el no formular una denuncia todavía no era considerado como un delito.

Ante todo mujer-poeta (siempre rectificaba el calificativo de poetisa) y mujer independiente, tanto que a veces es difícil imaginar que nació en el siglo pasado, para Marina T. el papel más atractivo era el de la amazona, un papel que bien pudo ser el suyo pero al que renunció por propia voluntad. El poeta Maximilian Voloshin, amigo íntimo de la poeta, hizo una descripción perfecta de su personalidad, cuando dijo que la esencia de la poesía de Marina estaba encerrada en esta cuarteta:

Amo a algunas que nunca temieron la batalla.
Que supieron la lanza manejar y la espada,
Mas sólo en la prisión de una cuna, lo sé,
Está mi -femenina- común felicidad.

Como hemos visto en el capítulo anterior, esto fue rigurosamente cierto. El instinto maternal se fue convirtiendo en un laberinto sin salida y fue el determinante de su fatal destino.

Agradezco a Marina el haber existido, y sobre todo el que pueda seguir existiendo a través de sus obras. También a aquéllos que han hecho posible que éstas lleguen a nuestras manos, y de entre todos ellos muy especialmente doy las gracias a Simon Karlinsky, de quien son mucho de los párrafos de este artículo y a quien remito a todo lector interesado.